

BREVE HISTORIA DEL CUERPO

¿Qué puede un cuerpo?
Baruch Spinoza

LUIS FERNANDO
AFANADOR

1
Cuatro son las extremidades del cuerpo y cuatro son las estaciones del año, le explicaba el emperador Amarillo a su ministro Qi Bo. En los Yogashikha Upanishad, el cuerpo es un templo y en su interior brilla el sol. Para los arhuacos, la Sierra Nevada es un cuerpo: el cabello es la nieve; el corazón las lagunas; las venas los ríos y los minerales, sus huesos. El yogui busca la unión del hombre con el universo. En la sama, danza de la mística sufí, el cuerpo del derliche gira y gira sin parar, como los átomos, como el universo. George Gurdjieff, en su búsqueda incansable de las danzas sagradas —y en su práctica, en los monasterios de Asia Central—, descubrió que no hay que huir del cuerpo sino fluir con él. No hay duda: en las antiguas religiones y cosmogonías el cuerpo es visto como un símil del universo y se corresponde con él. Y, también, como su centro: “el cuerpo es el centro sagrado de todo ritual, de todo mantra, de toda meditación, de toda liturgia”. Sin embargo, se trata

de una visión histórica, cambiante. Dice David Le Breton: “el cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí misma”.

2
Anubis, el temible dios con cara de perro y patrón de los embalsamadores en el antiguo Egipto, tenía el encargo de pesar el corazón de los muertos en una balanza. Si el corazón pesaba más que una pluma era prueba de una vida sumergida en el mundo del deseo y la concupiscencia. En consecuencia, le negaba el acceso a la pureza de la momificación. Anubis, entonces, lo devoraba y lo devolvía al mundo material, donde debía reiniciar de nuevo su camino hacia la eternidad. Una poderosa imagen que, en últimas, es una injuria contra el cuerpo. Los egipcios le negaron al cuerpo y sus placeres la entrada al mundo espiritual. Ese cuerpo que siempre representaron de costado, como una suma de asépticas figuras geométricas. Y, también, antes que Platón, antes que santo Tomás, separaron el alma del cuerpo. Para ellos, según

nos recuerda *El libro de los muertos*, el destino del alma está en el Cielo y el destino del cuerpo está en la Tierra.

3

Esta escena tuvo lugar muchas veces durante las guerras médicas: un incrédulo persa mira a su enemigo, un soldado griego con su desnudez vergonzosa. Los griegos combatían sin ropa, protegidos únicamente por escudos y lanzas. Un cuerpo desnudo —dice Richard Sennett en *Carne y piedra*— aludía a una persona fuerte y civilizada. Y era un objeto de orgullo y admiración. Los bárbaros eran quienes se cubrían sus genitales: “Para el antiguo ateniense, la exhibición de su cuerpo afirmaba su dignidad como ciudadano. La democracia ateniense daba gran importancia a que los ciudadanos expusieran sus opiniones, al igual que como hombres exponían sus cuerpos”. Desde luego, se trataba de un cuerpo idealizado — “nunca fue lo divino tan humano y lo humano tan divino”— que no era un regalo de la naturaleza, sino un logro de la civilización adquirido en el gimnasio, “palabra moderna que viene del *gymnoi* griego que significaba desnudos”. Y el gimnasio era el lugar donde los jóvenes de Atenas aprendían a desnudarse. Ese orgullo y amor exagerado por su cuerpo, esa búsqueda de la perfección, los ponía en riesgo permanente de cometer *hibrys* —desmesura— y ser castigados por los dioses. De cualquier manera, un cuerpo bello de hombre era una bendición y un cuerpo bello de mujer era una maldición.

4

Las mujeres, en cambio, no podían mostrarse desnudas por la ciudad. Debían permanecer

con túnicas hasta las rodillas cuando estaban en sus casas y hasta los tobillos —y menos finas— cuando salían a la calle. Una discriminación del cuerpo femenino que se sustentaba en una bizarra teoría que establecía jerarquías según el calor de los cuerpos. A mayor calor, mayor poder. El cuerpo de los hombres era considerado un cuerpo “caliente”; el de las mujeres y los esclavos, un cuerpo “frío”, según lo explica Sennett: “La fuente del orgullo corporal procedía de creencias relacionadas con el cuerpo, que gobernaba el proceso de formación de un ser humano. Se creía que los fetos que al principio del embarazo habían recibido calor suficiente en el vientre de la madre se convertían en varones, mientras los que habían carecido de ese calor se convertían en mujeres”.

5

En la época helenística, en las calles de Alejandría, durante las dionisiacas, podía verse una procesión de gente entonando cantos a Dionisio y arrastrando un falo dorado y en madera, de ciento ochenta pies de largo, ¡como un edificio de veinte pisos! También desfilaban falos en forma de pájaro y con alas. Imágenes extravagantes, carnalescas, transgresoras, que pese a su exaltación de la sexualidad desvirtúan las originales fiestas de Adonis que celebraban las mujeres en la Grecia clásica. En honor a Dionisio, el dios que daba placer, se subían en las noches de verano a los tejados de sus casas, danzaban, se embriagaban y compartían sus secretos con otras desconocidas. Una reivindicación de sus deseos y de sus “cuerpos fríos”, al igual que en las Tesmoforias, un ritual de ayuno y abstinencia de tres días en los que sus cuerpos salían dignificados.

6

Un vestido transparente dejaba ver el cuerpo de una romana. En Roma, las mujeres alcanzaron una relativa igualdad con los hombres. Y en las saturnales, origen del carnaval y prolongación de las dionisiacas, un esclavo podía llegar a ser rey y ordenar que alguien bailara desnudo. “Era el mejor de los días”, dice el poeta Catulo. Y otro poeta, Marcial, habló como ninguno lo había hecho antes de las cosas del cuerpo: “Que se hable de los dioses / por los siglos de los siglos / pero del cuerpo y las cosas del cuerpo / acordémonos todos los días”. Si el cuerpo es una metáfora de la sociedad, el símil del cónsul Agripa —conocido como “La fábula de Agripa”— para disuadir una revuelta de plebeyos es bastante revelador: el hábil cónsul le explica a los rebeldes que en apariencia —y solo en apariencia— el cuerpo tiene órganos inútiles, como el estómago, parásito de los dientes y la boca; como el senado, ¡estómago de Roma!

Ese largo proceso de manipular el cuerpo como un objeto, que se inicia con el bisturí del Renacimiento, culmina en los cuerpos intervenidos de la posmodernidad. El cirujano plástico es el nuevo artista del cuerpo y los gimnasios modernos las nuevas factorías para producir un cuerpo al gusto del mercado y del consumo.

7

No ha existido quizás otra época como la Edad Media en la que el cuerpo haya sido tan humillado. Cada uno de sus santos es un escalón más alto en esa carrera por torturar el cuerpo: san Simeón, el Estilita, se mortificaba con una cuerda rugosa alrededor de la pierna. Esta se le infectó y despedía un olor insoportable. Crecieron larvas y gusanos que él devolvía a su propia carne diciendo: “Come, come lo que Dios te dio”. Santa Eufrosia despreciaba tanto su cuerpo que fue dichosa cuando ingresó a un

convento donde las monjas “jamás se lacaban el cuerpo”. San Besarión dormía de pie y “jamás se le vio reclinado sobre cama, hamaca o tapete alguno”: ese fue su gran aporte a la mortificación del cuerpo. Sin embargo, en ese periodo, hubo notas discordantes. Apareció la bruja con sus poderes de curar, hacer amar y regresar a los muertos. Y el Carnaval, la fiesta de febrero, donde la gente podía vestirse del sexo que no era, comer y beber sin parar y el cuerpo podía pecar a sus anchas. Y, como decía san Pablo, el cuerpo era uno solo porque todos los bautizados formaban parte del cuerpo de Cristo.

8

Los cambios históricos son graduales, no se pueden fijar en una fecha determinada, pero digamos que en Florencia, año de 1492, quedó atrás la Edad Media y el cuerpo dejó de ser, oficialmente, la prisión del alma. El pudoroso cuerpo de la Venus de Boticelli no fue un nacimiento sino un renacimiento: revivía la antigüedad clásica, volvía la belleza al cuerpo. Y en el fresco *La trinidad*, de Masaccio, el Padre, el Hijo y la Virgen tenían al fin un cuerpo a escala humana. Un cuerpo de proporciones simétricas como lo había pintado Leonardo en su *Hombre de Vitruvio*. Un cuerpo, ya convertido por Vesalio en una fábrica, aunque imperfecta. Y desacralizado por los anatomistas, quienes con sus cuchillos habían descubierto que el cuerpo era tan solo un objeto de conocimiento y se podía abrir sin remordimientos como lo veríamos, años después, en *Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp* de Rembrandt. Un cuerpo trivializado, incluso el de Jesús, de aspecto ordinario, lampiño, detrás de unas cestas de comida, como lo pintó Caravaggio en *La cena de Emaús*.

9

En su séptima Meditación, Descartes escribe: “Es cierto que soy algo distinto a mi cuerpo y puedo existir sin él”. Evidentemente, no pudo existir sin él y hoy tal afirmación resulta absurda, pero es indicativa del propósito de los filósofos racionalistas de establecer una superioridad de la mente sobre el cuerpo. En el movimiento pendular que es la historia hubo una reacción muy fuerte contra esa tendencia.

Spinoza tomó el cuerpo humillado y ofendido por los racionalistas y lo pulió como su mejor lente, sin dejar una sola brizna de resentimiento. Schopenhauer entendió que el misterio del alma y el misterio del cuerpo son el nudo del mundo, y no es necesario desatarlo. William Blake cosió de nuevo el cuerpo con el alma, el cuerpo que los filósofos racionalistas habían logrado separar de esta. Y Nietzsche estableció en el cuerpo el punto de partida y de llegada del pensamiento.

10

Ese largo proceso de manipular el cuerpo como un objeto, que se inicia con el bisturí del Renacimiento, culmina en los cuerpos intervenidos de la posmodernidad. El cirujano plástico es el nuevo artista del cuerpo y los gimnasios modernos las nuevas factorías para producir un cuerpo al gusto del mercado y del consumo. Más que un ideal de salud, un trabajo —arduo, disciplinado—, una religión laica, un proyecto de vida y, finalmente, una inversión que da réditos tangibles: poder, prestigio, dinero. Hasta el sudor del cuerpo es comprado para vender toallas empapadas de feromonas que atraigan sexualmente. Por cierto, un griego habría salido espantado de un gimnasio de nuestra época: criaturas deformes que cultivan el cuerpo y no cultivan la mente. ¿Cuerpos sin alma? ¿Cuerpos trabajados para el fuego del crematorio? ¿Cuerpos mutantes para el intercambio? ¿Cuerpos antinaturales? No, nuevas transformaciones y significaciones que tratamos de entender porque el cuerpo nunca ha sido natural. Su esencia es el sentido: a veces habla, a veces grita y a veces calla. Se preguntaba Virginia Woolf: “¿Cómo expresar en palabras las emociones del cuerpo?”. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.



delaurbe

Periodismo universitario para la ciudad

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín – Colombia